

Algunos profetas, grandes partidarios de la fuerza, habían afirmado ya que, en el conflicto inevitable de razas, los inmigrantes europeos, aumentando incesantemente en número, acabarían por exterminar las poblaciones de otro origen, para ocupar su lugar, como los Ingleses han reemplazado á los Pielas Rojas y á los Tasmanios. Un hambre atroz que hizo perecer quizá más de medio millón de indígenas argelinos, en 1857, pareció dar razón á aquellos teóricos del exterminio, pero después de aquel gran desastre nacional, la natalidad árabe y kabila fué muy considerable, los vacíos se colmaron, y la población se aumentó de nuevo. Durante las últimas décadas, el aumento de los elementos nacionales que pueden calificarse de «indígenas», en comparación con las gentes llegadas de Europa, se ha conservado en la misma proporción que la de los inmigrantes extranjeros, no formando éstos más que una sexta ó séptima parte de la cifra total de los habitantes. Desde el punto de vista numérico, los elementos africanos y asiáticos poseen, pues, una gran superioridad, compensando en parte la preponderancia que dan al elemento francés el prestigio de la conquista, la posesión de las riquezas militares y la cohesión política, administrativa, industrial y comercial.

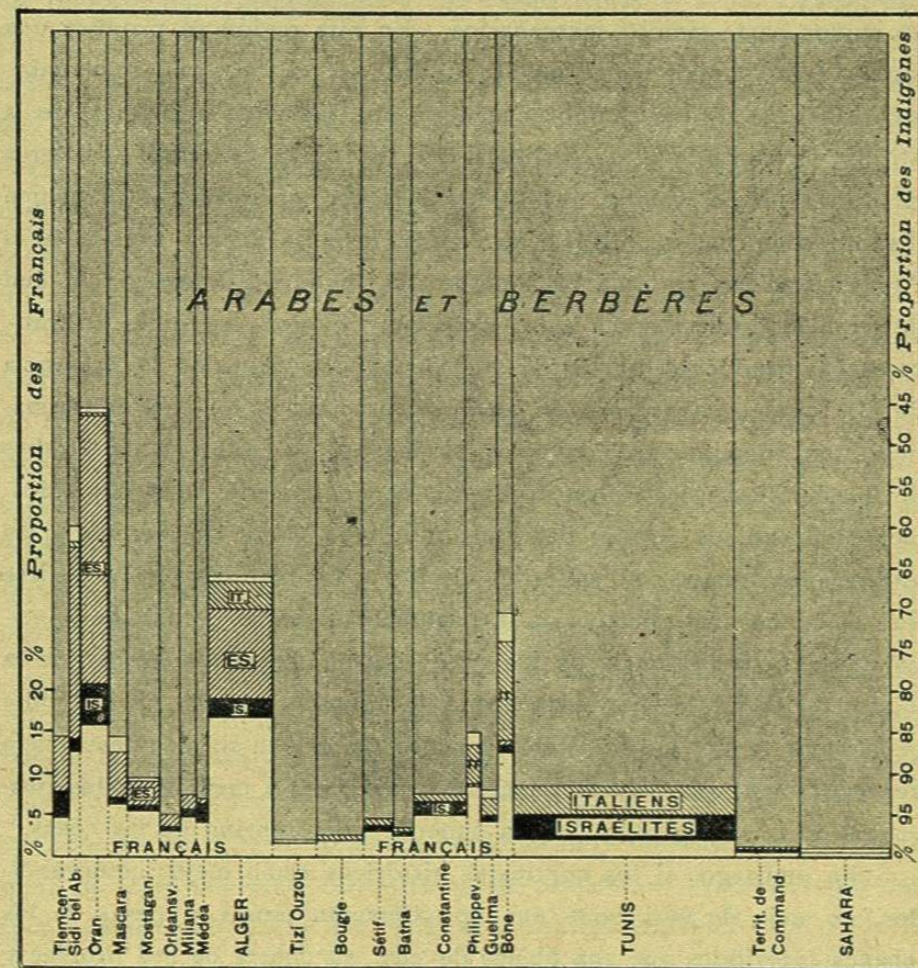
La mayor debilidad de los indígenas, comparados con los Franco-Europeos, consiste en su falta de unidad. Ante todo cada ciudad rompe la cohesión del mundo árabe; casi sin excepción, la población de los grupos urbanos es europea en gran mayoría, y hasta en aquellos en que el elemento árabe es muy considerable, la dirección se halla tan bien centralizada en manos de Franceses por las instituciones políticas y las ventajas de la cultura intelectual y de la fortuna, que su preponderancia es enorme: no hay comparación posible entre los habitantes de origen europeo y los indígenas. Y no es eso todo: las ciudades están unidas unas á otras, cuando no por ferrocarriles, por caminos, donde la circulación consciente, representada por los mensajes, las cartas, los periódicos y los envíos de todas clases es esencialmente francesa: esa red que representa el sistema nervioso entre todos los ganglios de las ciudades, asegura la superioridad de los inmigrantes desde el punto de vista de la cohesión y de la influencia.

Pero hay más todavía: existen ciertos distritos rurales donde los Arabes están en minoría y donde sus territorios étnicos se hallan, por consecuencia, separados unos de otros. Por ejemplo, el Sahel de Argel y la gran llanura de la Mitidja son tierras esencialmente francesas, donde los Arabes apenas son ya huéspedes tolerados y en su mayor parte simples mercenarios. En esta región se produce una laguna tanto mayor en el mundo árabe, en cuanto casi inmediatamente al este de los campos ocupados por las villas francesas de la Mitidja se eleva la alta ciudadela del Djurdjura, habitada por cerca de un millón de Kabilas que tienen perfecta conciencia de su origen distinto como nación. Hacia su centro, la masa de los Arabes de la Argelia francesa se halla cortada en dos mitades diferentes. Al sud de Orán la población de los campos por colonos españoles y franceses ha producido un fenómeno análogo: á pesar de la presencia de Marroquíes en número de 7,000 (censo de 1900), los musulmanes están en minoría efectiva en el distrito de Orán, y los Arabes del Oeste, limítrofes de la frontera, tienen cortada toda comunicación fácil con los Arabes del Este que viven sobre las mesetas y las alturas que dominan el valle del Cheliff. En realidad puede decirse que la conciencia colectiva de la nacionalidad árabe es debida principalmente á la presencia de los Franceses en Argelia. Antes de la mitad del siglo, la diferencia esencial, única á los ojos de los indígenas, era la del culto: la semejanza de origen se manifiesta cada vez más y reemplaza parcialmente á la de la fe, á medida de los progresos de la irreligión y de una superior comprensión de las cosas.

Sin embargo, si los contrastes históricos están mejor comprendidos, no deja de verificarse una aproximación moral, á pesar de los mismos individuos que son objeto de ella, en contra de sus propias y constantes afirmaciones. Se pretenden inconciliables para siempre, como el fuego y el agua; pero eso son vanas palabras, expresiones adverbiales. Ante todo, los colonos de Europa, aventurados á lo lejos en medio de Kabilas y de Arabes, han de obedecer al instinto de conservación, y aclimatarse moralmente, adaptarse á la nueva residencia: la lengua, el modo de pensar y las costumbres se modifican algunas veces de una manera completa. Respecto de los indígenas que permanecen en las ciudades, el fenómeno es análogo: la mayo-

ría de ellos se convierten en proletarios lo mismo que los otros obreros que se reunen en Argel y en los puertos secundarios del litoral. Entre esos dos extremos las aproximaciones se hacen de

N.º 499. Reparto de la población del Africa del Norte.



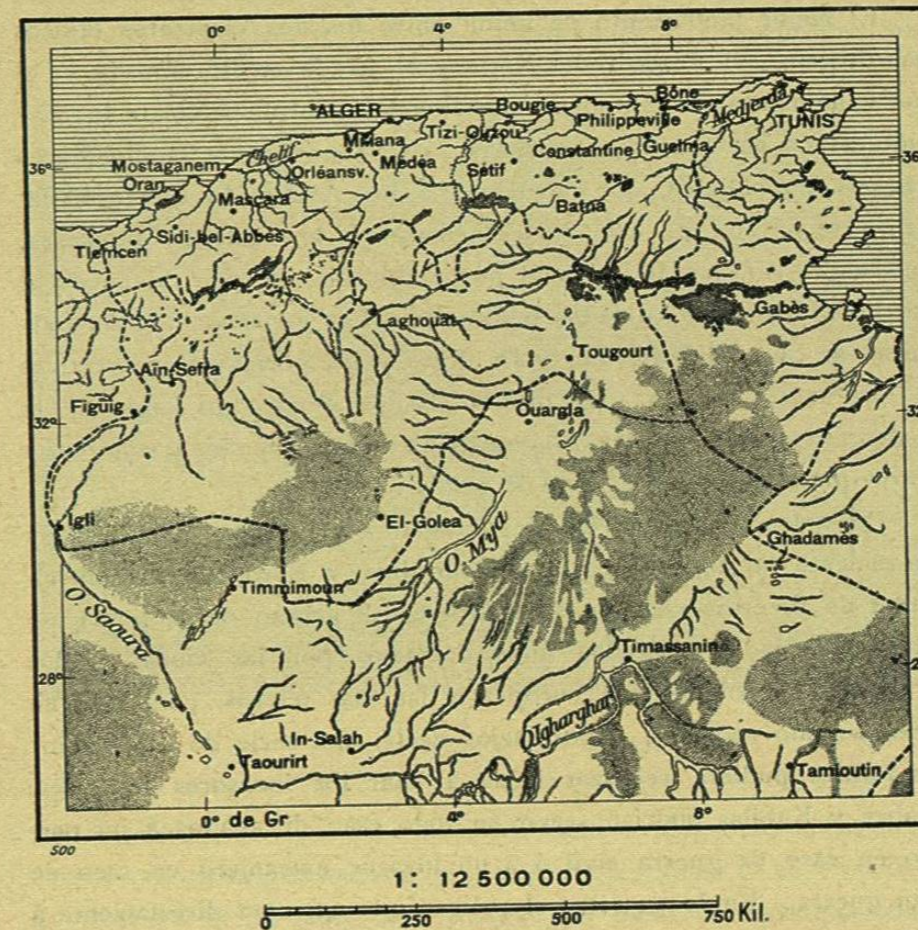
Los distritos de Argelia están colocados de izquierda á derecha, en el mismo orden que la longitud de las capitales. El ancho de las columnas es proporcional á la población total del distrito representado. En cada columna el orden de las nacionalidades es el mismo: de abajo arriba Franceses (en blanco), Israelitas (en negro), Españoles é Italianos (dos rayados de sentido diferente), otros extráneros (en blanco), Arabes y Bereberes (incluso Marroquíes).

diversos modos, á pesar del cambio de insultos y odios, y de las injusticias de que es culpable la raza victoriosa.

Por el mismo vestido se aumenta la semejanza. La mayor parte

de los colonos argelinos no visten como campesinos franceses: más parecen Españoles, con su chaqueta corta, su ancha faja de lana negra, roja ó morada y sus alpargatas. En cuanto á los Arabes y gentes de toda raza que pueblan los suburbios y barrios bajos de

N.º 500. Argelia, Túnez, Sahara.



las ciudades, y que con más ó menos fundamento se tienen por «musulmanes», muchos llevan una vestidura sin nombre, compuesta de piezas sucias, aunque pintorescas, en que el amplio calzón, el turbante y la chechia recuerdan el antiguo traje mediterráneo del Sud, en tanto que el resto se parece al traje de los Napolitanos. Y la mezcla de las razas, que no existiría á juzgar por las estadísticas, se prosigue incesantemente fuera de las uniones oficiales.

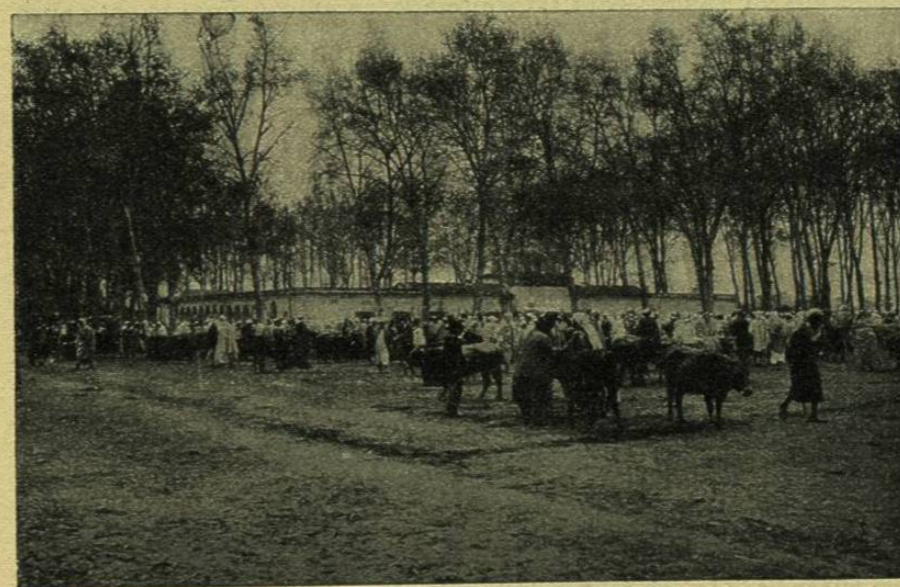
¡Cuántas huellas de sangre europea son evidentes en la mayor parte de las ciudades, y aun en los campos! Por último, desde el punto de vista moral, han de verse Arabes y colonos franceses discutiendo en el mercado sus compras y sus ventas: allí se ve que constituyen la misma pasta humana, con las mismas sutilezas, la misma astucia y en el fondo con la misma bondad.

El mejor fundamento de unión entre los dos elementos étnicos más diversos, el Francés del Norte y el Arabe medio nómada, es el que suministran los Europeos meridionales y principalmente los Españoles con sus familias numerosas. ¿No son ya éstos medio Moros por sus antepasados, que devuelven á los Arabes lo que antiguamente recibieron de ellos? En cuanto á los colonos franceses, padecen la enfermedad nacional por excelencia, es decir, el miedo al matrimonio y á los cuidados paternales. Las jóvenes de casas burguesas se casan difícilmente, y las dotes y las posiciones respectivas de fortuna se discuten antes durante largos años. Las llagas de la «paleopartenia» y de la «oligantropía» existen también sobre esta tierra que ante todo se trata de poblar.

De todos modos no ha de temerse actualmente que se haga nuevamente la separación entre Mauritania y Europa. Los musulmanes de diversas razas que constituyen el grueso de la población están demasiado separados unos de otros por las ciudades, los territorios de colonización europea y las vías férreas, para que un levantamiento nacional, ó por mejor decir, una serie de sublevaciones locales pudiera rechazar hacia al mar los invasores franceses. Arabes y Kabilas podrían servir en todo caso de aliados á un partido en caso de guerra civil ó á un invasor extranjero en caso de gran guerra. En lo sucesivo el peligro que amenaza directamente á la dominación francesa no vendrá ciertamente de los musulmanes de Africa, aunque esa perspectiva preocupe á ciertos escritores sospechosos. El fanatismo de religión ó de origen étnico es superficial, no cabe duda: lo que se toma por tal no suele ser más que el amor propio fortificado por la antigua rutina. La era de la guerra santa pasa para el Arabe como ha pasado para el cristiano, y si alguna vez el panislamismo, desde el Indo al Adriático y desde el Nilo al Atlántico, hubiera de levantarse delante del Europeo, sería

un episodio de la guerra eterna, del explotado contra el explotador, y no de la del mahometano contra el rumi.

No, las influencias de procedencia europea prevalecerán cada vez más; pero ¿no es una ley ineludible que la colonia alcance un día su mayor edad política, y si entonces se halla, como no es dudoso, en condiciones diferentes de las de la metrópoli por algunos elementos esenciales, reivindique su autonomía? Llegado ese caso,



Cl. Geiser.

ESCENA DE MERCADO EN ARGELIA

los Argelinos, procedentes de tantas razas mediterráneas, Liguros é Iberos por el origen común, se sentirán Argelinos y no Franceses, y, respecto de la metrópoli, tendrán un ideal de emancipación ó de libre federación política; entonces habrán de ser tratados esos colonos de ultramar con la más estricta prudencia, con un tacto delicado y respetuoso para conservar su homenaje y su simpatía. El peligro de la unidad colonial sería grande si las flotas francesas no tuvieran ya su completa libertad de movimiento, si Marsella y Tolón hallaran cortadas sus comunicaciones con Argel y Bizerta, especialmente Túnez, donde, entre los Europeos, los colonos franceses están en minoría, correría el riesgo de caer como fruto maduro

en poder de la nación de Europa más inmediata, la que la geografía designe como heredera de la Roma antigua.

Sea lo que fuere de las perspectivas políticas de orden secundario, Mauritania queda siendo una nueva provincia de la «más grande Europa», hasta incluyendo Marruecos, á pesar de la aparente independencia de que ahora goza. Ese país del «Occidente», el Maghreb de los Arabes, está rodeado por todas partes por las potencias europeas, cuyos representantes con gran cortejo de invernantes se han establecido en Tánger para transformarla en ciudad francamente europea, indicio de su futura toma de posesión. Trabajado en el interior por toda clase de intrigas, el gobierno central no parece obrar sin pedir los consejos y recibir los subsidios de los rivales de Europa que se disputan su herencia, y en cuanto á las tribus independientes, que constituyen el *bled es siba* (país insumiso), dependen también de Europa, al menos indirectamente, puesto que los objetos de fabricación industrial tienen todos ese origen, y cada año se aumenta esta dependencia comercial por la fuerza de las cosas. Además, obreros marroquíes, por decenas de millar, se han habituado á ir á la vecina Argelia á trabajar como leñadores, labradores, boyeros y peones, uniéndose así económicamente á la civilización europea: bastaría dejar la acción espontánea, sin la menor presión exterior, á las influencias naturales del simple contacto para que Marruecos se fuera europeizando gradualmente; toda guerra de conquista retardará el movimiento, añadiendo el odio y el deseo de venganza á los sentimientos ya hostiles procedentes de la idea de superioridad religiosa, porque el musulmán, adorador del dios único, desprecia al «perro rumí», al que no tiene menos de tres dioses en uno solo y además una diosa madre, á menos, lo que es más grave todavía, que permanezca indiferente á toda idea ó práctica religiosa.

La europeización y más especialmente el afrancesamiento automático de Marruecos se realizará más rápidamente con la construcción de vías férreas, y ya puede decirse que el ferrocarril que se construye hasta el desierto de Figuig y más allá, ha hecho maravillas. Las gentes de los oasis, á quienes las brutalidades militares habían iniciado en la guerra, se dejan seducir por el cebo de un tráfico fructífero, y actualmente, sobre los collados del Gran Atlas,

se hace la invasión comercial de Marruecos. Pero la principal puerta de acceso que da entrada al imperio de Occidente es, por el lado de la frontera argelina, la amplia avenida que se abre por Oudjda, en dirección de Fez, entre los montes del litoral del Atlas propiamente dicho. El vaivén de las emigraciones y del comercio se ha hecho siempre por este valle intermedio, que es por donde



Cl. J. Kuhn, edit.

UNA CALLE DE LAGHOUAT

forzosamente habrá de pasar la continuación del ferrocarril longitudinal de Mauritania, entre el golfo de las Sirtes y el Atlántico: por el interior de las tierras, paralelamente á la costa, se desenvuelve el eje normal del movimiento humano, la vía histórica de los Bereberes y de los Romanos, de los Vándalos y de los Bizantinos, de los Arabes y de los Franceses. Lo mismo que en Túnez, la costa mediterránea es en Marruecos muy poco accesible: las cordilleras del litoral forman otras tantas murallas sucesivas que impiden el tráfico y que, en la mayor parte de la extensión costera, hasta han impedido toda visita de extranjeros. Los islotes y penínsulas que posee España entre Melilla y Ceuta sólo son rocas esté-

riles en que no hay senda que penetre al interior y donde á veces se iza pabellón de socorro para pedir algunos barriles de agua pura á las embarcaciones que pasan.

La misma política de espectación y de buena voluntad hubiera bastado para unir gradualmente á Francia los diversos oasis distribuidos por el desierto al sud de Túnez y de la Argelia: el interés económico por sí solo uniría las colonias mauritanas á las posesiones francesas del Senegal y del Níger, pero esa conducta excluiría la realización de grandes hechos de armas y como consecuencia el ascenso de brillantes oficiales. Se han preferido, pues, las costosas expediciones militares causantes de exterminios parciales. Antes que esas hazañas tuvieran ejecución se había hallado el medio de suprimir todo comercio de caravanas: el tráfico del Sudán, molestado por las aduanas y las exacciones, se había inclinado por completo hacia Marruecos y la Tripolitana, y los Tuaregs se habían convertido en irreconciliables enemigos. Hasta 1897, después de cuarenta y siete años de ocupación argelina, los agentes postales de Ain-Sefra, en el extremo sud de la Orania, no recibieron por primera vez un correo de Tombuctu, con una cuarentena de cartas: los indígenas que hicieron ese trayecto emplearon más de tres meses en atravesar el desierto. Por parte de los Franceses fué preciso esperar hasta el año 1900 que una expedición, la de Foureau, que partió de los puertos extremos de la Argelia, realizara la travesía del desierto, no sin grandes fatigas y con peligro de desastres. Es, no obstante, cierto que con perfecto desprecio del gobierno francés, los mercaderes tuatis y otros, y sobre todo los guerreros tuaregs, caminaban libremente desde las fronteras de Argelia hasta las orillas del Níger; todas las noticias importantes de Europa, más ó menos modificadas según las pasiones y las esperanzas de los indígenas, se propagaban á través de las soledades á lo largo de las huellas de las caravanas. Y vendrá un día en que, por las indicaciones de la geografía, las vías mayores de Europa hacia la América del Sud pasarán por el Sahara transmauritano.

En Europa, la misión de importancia preponderante desde el punto de vista material corresponde incontestablemente á la rival

hereditaria de Francia, á Germania. Los progresos que ésta ha realizado, durante el último tercio de siglo, llegan al prodigio, y hasta exceden en su mayor parte, en industria y en comercio, el aumento admirable que ha alcanzado la población, que de cuarenta millones se ha elevado á sesenta. Una serie de visitas, hechas con algunos años de intervalo á sus capitales y comarcas más laboriosas, Berlín, Hamburgo, Sajonia, Westphalia y las orillas del Rhin, permite hacer constar cuán considerables han sido los cambios y cómo se ha transformado la pobreza relativa de Alemania, entre las naciones de Europa, en riqueza. Las observaciones más instructivas á este respecto son las que pueden hacerse en los países nuevos, donde una industria particular ha nacido súbitamente con un perfecto conjunto de aplicaciones científicas de que no han podido aprovecharse tan completamente los establecimientos más antiguos. Del mismo modo, tal páramo arenoso donde en distintos sitios solían corromperse aguas negruzcas y donde brotaban algunos matorrales, se ha convertido en suntuosa campiña, cuyo suelo, sabiamente compuesto, produce bellísimas y ricas cosechas que de todas partes vienen á admirar los agrónomos.

Si los progresos materiales, variantes en todas las ramas del trabajo, no suministrasen un patrón preciso, un «metro» para los progresos intelectuales y morales, podría intentarse medir el paso realizado por la nación alemana en su marcha hacia un porvenir de igualdad y de justicia; pero semejantes apreciaciones no pueden hacerse; hay quizá hasta impedimento absoluto opuesto á la marcha paralela de las dos evoluciones, la material y la intelectual, como si la energía de la nación no pudiera producir más de un resultado á la vez. No podemos emitir más que juicios parciales, elementos del juicio definitivo que pronunciará la historia. Dejándose guiar por ciertos indicios, desprendidos de su inmenso enredo con los mil fenómenos de la realidad, algunos orgullosos patriotas pueden llegar fácilmente hasta la insensatez. ¿No era una idea loca la que inducía á Hegel á ver en la constitución del Estado prusiano una especie de realización del ideal de los pueblos en marcha? Al menos el filósofo admitía las razas no germánicas como pertenecientes al género humano, mientras que hay discípulos lógicos que van hasta á hacer